

## RESEÑAS

---

JEREMY FRIEDMAN, *Shadow Cold War. The sino-soviet competition for the Third World*, Chapel Hill (NC), University of North Carolina Press, 2015, 304 páginas.

El estudio de la Guerra Fría, como es sabido, se ha vigorizado en los últimos años a partir de un enfoque más global que ha abordado la historia no ya solo de los protagonistas –la Unión Soviética y Estados Unidos, y en menor medida China– sino, también, la de los actores secundarios, en especial los países del Tercer Mundo. En esta línea ha destacado la obra de Odd Arne Westad así como la colección que él ha dirigido, donde se inscribe justamente el libro de Jeremy Friedman –profesor en la Universidad de Harvard–, *Shadow Cold War...* Asimismo, ha incidido en este auge la apertura de una serie de archivos localizados en espacios críticos de la Guerra Fría, tales como Moscú, los países europeos de la órbita soviética, China (por un tiempo nada más) e, incluso, Cuba.

La confrontación que surgió entre la URSS y la República Popular China, al alero de la Guerra Fría o en paralelo al conflicto bipolar, y en particular la competición de tales potencias por ganar la amistad del Tercer Mundo y liderar el movimiento revolucionario, constituye el objeto de estudio del autor. Con ese propósito consideró los lazos diplomáticos, económicos, políticos y, en menor medida, culturales que chinos y soviéticos urdieron con países asiáticos, africanos y latinoamericanos, centrando la atención en las ideas que sustentaron las distintas políticas de acercamiento que pusieron en práctica. Su hipótesis parte por reconocer que, pese a profesar el marxismo-leninismo como ideología y coincidir en el ideal revolucionario, China y la URSS diferían en el origen de cada una de sus revoluciones; así, mientras la revolución rusa se había alzado contra el orden monárquico doméstico, la china se había levantado contra el imperialismo internacional. Luego, esta diferencia de origen derivó en una concepción encontrada del futuro de la revolución mundial, más clásica la soviética, orientada a la lucha de clases y al combate del capitalismo, y más heterodoxa la china, enfocada hacia la derrota del colonialismo. Esta diferencia, entonces, determinó el dispar modo en que ambos Estados se lanzaron a la conquista del Tercer Mundo, con éxitos y fracasos.

¿Pero qué significaba liderar el movimiento revolucionario? ¿Por qué era tan apetecida esa cualidad? Desde un punto de vista estratégico, tanto chinos como soviéticos buscaban incrementar su poder e influencia en el ámbito internacional. La Unión Soviética esperaba afianzar la coexistencia pacífica y engrosar su red de países satélites o clientes; China Popular pretendía, primero, legitimarse como Estado, y luego, consolidarse como potencia regional y mundial. Desde un punto de vista ideológico o, si se quiere, moral, liderar la revolución venía a satisfacer esa hambre de mesianismo que embargaba tanto a chinos como a soviéticos. Era una cuestión de estatus, prestigio y ego. Para la Unión Soviética, la revolución era parte de su patrimonio histórico: por derecho natural asumía la paternidad de todo movimiento revolucionario alrededor del orbe, con la convicción, además, de que la revolución era un destino inexorable para el planeta entero.

El discurso ideológico chino, de raíz marxista y leninista, pero de inspiración maoísta, se atribuía, por su parte, la definición correcta de lo que debía ser la revolución mundial, la cual coincidía con su propio proceso revolucionario. Así, revolución significaba romper las cadenas de la explotación imperialista usando, como método, la lucha armada y frontal, arraigada en el campo más que en la ciudad. El orgullo que representaba enseñar el camino a los demás pueblos oprimidos parece haber sido crucial para los chinos, lo que era coherente, además, con el halo de infalibilidad que la jerarquía y, por cierto, Mao Zedong querían transmitir en el orden interno.

En la década de 1950 —el libro parte del año 1956— le fue más fácil a China captar amistades en el Tercer Mundo, apoyando abiertamente movimientos de liberación nacional, sobre todo en África, a los que facilitaba —más que divisas— armas, asesores, e instrucción a cuadros militantes. En cambio, la táctica de Moscú consistió en privilegiar a países considerados claves, como Egipto e India, a los que entregaba, sobre todo, apoyo financiero; y en rehuir la cesión de armamento a naciones o pueblos en proceso de liberación, pues esto implicaba un compromiso mayor. Mas esta distancia con los sectores revolucionarios le pasó la cuenta a los soviéticos, que debieron resignarse a ver cómo los chinos les quitaban el liderazgo de la revolución mundial. He aquí uno de los mejores momentos del texto, pues Jeremy Friedman esclarece cómo la ventaja china presionó y obligó a los soviéticos a reaccionar. Crearon centros de estudio dedicados a los países periféricos, reforzaron los programas de becas a estudiantes, se abrieron a respaldar con mayor decisión a aliados más radicales, y hasta trocaron su retórica moderada por una más fogosa, abrazando un antiimperialismo militante y orientándose ahora hacia los “Estados de orientación socialista”, en lugar de las “democracias nacionales” del periodo anterior. En los años sesenta el autor expone cómo, en el marco de las contiendas en Indochina, Beijing y Moscú se disputaron el apoyo a Vietnam del Norte. Sin embargo, fueron acontecimientos internos los que provocaron que China al final perdiera el liderato. Primero a causa de Revolución Cultural, que barrió con lo que la política exterior china había sembrado durante años, y luego, en los setenta, a causa de los cambios de la jerarquía y los nuevos posicionamientos internacionales —que mermaron la credibilidad china a los ojos del Tercer Mundo—, los hechos terminantes. Los soviéticos, por su parte, intensificaron su estrategia de aproximación al Tercer Mundo sentando la tesis de que ambas partes conformaban una alianza natural en oposición al Primer Mundo capitalista e imperialista (tesis contraria a la china, que establecía un primer mundo integrado por las dos superpotencias, un segundo mundo compuesto por los aliados de ambas y un tercer mundo integrado por el resto de las naciones y liderado por Beijing).

Pero fue, la soviética, una victoria pírica. En los ochenta, la pesada carga que supuso su compromiso con el Tercer Mundo se tradujo en serios déficits económicos que redundaron en su caída y desaparición. En tanto, China transitaba por el camino de crecimiento económico que la convertiría en la potencia que conocemos hoy; claro que en el ínterin se había deshecho de buena parte de sus ideales y lealtades. De esa manera se podría aventurar que fueron las presiones chinas —que exigieron de Moscú un compromiso más férreo— un factor decisivo en la “rendición” de la URSS y, por ende, en el fin de la Guerra Fría.

Lamentablemente para nosotros, el texto se detiene mucho más en casos asiáticos y africanos que en latinoamericanos. Se entiende que en nuestro continente la penetración

tanto soviética como china fue menor, aunque aún faltan estudios para precisar sobre todo los intentos chinos por adentrarse en él. Está, por cierto, el caso de Cuba, que a nuestro entender recibe un tratamiento insuficiente a la luz de la relevancia que tuvo su relación con Moscú. No hubo investigación directa sobre fuentes cubanas, lo que pudo deberse a las dificultades que, hasta hace poco tiempo, sufrían los investigadores estadounidenses para acceder a archivos cubanos. Entre el resto de los países latinoamericanos se otorga especial espacio a Chile, aunque menor a lo que podría inferirse de las fuentes revisadas. En efecto, el listado de las fuentes primarias y la bibliografía revelan la preocupación expresa por investigar el caso chileno; de partida, se declara la consulta del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile; no obstante, a lo largo del texto ello no se traduce ni en citas ni en desarrollos analíticos proporcionales. Suponemos que dicha inclinación obedeció al llamativo papel que representó Chile en la Guerra Fría a partir de la elección de Salvador Allende y del posicionamiento del Partido Comunista chileno respecto a las directrices moscovitas. Algunos párrafos se dedican también a Argentina en sus relaciones con China durante el primer lustro de los setenta... y poco más que eso. Es más, un examen fino de las notas arroja que la mayoría de las informaciones relativas a Cuba, Chile y Argentina fueron extraídas de archivos rusos y chinos. Lo más revelador que el texto ofrece, en este ámbito, son detalles de los flirteos entre Cuba, representada en los tempranos sesenta por Ernesto Che Guevara, y la China de Mao Zedong. En realidad, la coincidencia ideológica entre Cuba y China en este momento haría sospechar un vínculo más profundo que, sin embargo, no cuajó. Según se desprende del texto, es probable que los chinos apostaran por países africanos para ampliar su base de apoyos, desestimando otras alternativas.

Para reconstruir esta historia el autor se valió de reportes diplomáticos, cartas entre cancillerías, informes académicos oficiales, revistas científicas y de divulgación cultural, periódicos chinos, soviéticos y chilenos, memorias y entrevistas, y discursos de grandes personalidades. Consultó archivos de la ex Unión Soviética, China, Sudáfrica, Portugal, Chile, la ex-Yugoslavia, Mozambique, Rumania, Estados Unidos y Alemania Democrática. Se conformó así un corpus documental macizo, base para este texto, pero también semillero de una próxima publicación: Jeremy Friedman prepara un estudio acerca de la influencia del bloque socialista sobre los procesos de transformación revolucionaria en determinados países del Tercer Mundo: Angola, Tanzania, Irán, Indonesia y Chile. Es de suponer que el trabajo con fuentes chilenas se verá allí reflejado en toda su magnitud.

*Shadow Cold War...* cumple con sus objetivos primordiales, esclareciendo las lógicas internas y externas que determinaron la conducta de China y la URSS hacia el Tercer Mundo, así como la evolución o las etapas que el proceso experimentó. Quisiéramos señalar, eso sí, ciertos aspectos que nos parecen particularmente relevantes. El libro integra en un relato cohesionado información procedente de distintas partes del mundo y de distintos acervos documentales. El apostar por un relato ordenado de modo cronológico y no por áreas temáticas o geográficas exigió un delicado manejo de canales de información paralelos, y el desafío se superó con éxito. En otro plano, el autor nos recrea, hasta donde sus medios le permitieron, los debates y disensos internos tanto en China como en la Unión Soviética. Es quizá allí donde radica su aporte más llamativo. Favorecido por la apertura de nuevos archivos, nos revela los matices propios de las políticas y tomas de decisión de unos Estados que a ojos occidentales siempre parecieron mono-

líticos. También nos enteramos de las relaciones entre los noveles y precarios Estados africanos con las potencias, aflorando detalles casi conmovedores acerca de la dignidad e integridad con que estas naciones (en su mayoría) se conducían.

Otras aristas del texto son más discutibles y algunos tratamientos, insuficientes. Jeremy Friedman no discute ni polemiza con otros investigadores o textos dedicados al mismo tema. En ese sentido, la obra se sostiene por sí misma, funciona más bien de forma autónoma y no se desgasta en refutar o confirmar apreciaciones externas. Cabe la posibilidad de que tales discusiones se hayan suprimido para evitar al lector común el trabajo de sumergirse en los pies de página o en discusiones preciosistas, pero cabe también la opción de que el autor haya preferido concentrarse nada más que en su propia trama. El problema es que eso nos impide discernir la novedad de lo que estamos leyendo. Podría objetarse, además, que el libro no dialoga fluidamente con las historias más generales a las cuales debería tributar. Para explicarlo mejor: el relato a veces pierde de vista el desarrollo de la Guerra Fría o el propio conflicto entre China y la URSS, así como el impacto del acercamiento de China con Estados Unidos; en ese sentido, podría devenir demasiado monográfico. Asimismo, se podría reparar en el límite cronológico del estudio, 1976. ¿Se justifica dejar trunca la historia solo porque uno de los contendores abandonó la batalla?

Según el autor, el principal valor de su obra yace en la revelación de los debates con que la izquierda en el ámbito global enfrentó la revolución y la liberación nacional en el mundo de posguerra. En verdad, como reconoce el propio Jeremy Friedman, su inspiración fue ponderar el peso de la ideología en las relaciones internacionales. Frente al prisma del realismo, del pragmatismo o de la Realpolitik con que los estudios internacionales observan desde hace un tiempo la construcción histórica del orden internacional, *Shadow Cold War...* opone esta visión atenta a las intenciones originales y declaradas de los actores involucrados, una apuesta que bien le pudo costar el apelativo de idealista o de ingenuo. Ignorando estos riesgos, sostiene que la comprensión de los fenómenos internacionales de la Guerra Fría quedaría incompleta si se desatendiese la dimensión ideológica. Ahondando incluso más, destaca que el ideal revolucionario, en cuanto razón de ser de chinos y soviéticos, era auténtico, es decir, que era motivado por una genuina rebeldía ante las condiciones de vida de los pueblos desfavorecidos, situación que, recalca Jeremy Friedman, sigue vigente mucho después del fin de la Guerra Fría.

GERMÁN ALBURQUERQUE  
Observatorio Regional de Paz y Seguridad,  
Universidad Bernardo O'Higgins